

hijo. Pero tambien su mediacion cerca de Dios, se ha hecho omnipotente. Esta mediacion es nuestra última esperanza. Ya que, por la gracia de Dios, lo ha comprendido el buen siglo diez y nueve, tiene en sus manos la prenda de su salvacion.

Invocaciones. Perdonad Señor, perdonad a vuestro pueblo: no esteis siempre irritado contra nosotros.

O María, socorro de los cristianos, rogad por Prusia.

Práctica.—Asistir á misa durante la semana.

OCTAVO DIA.

JUDITH EN LA TIENDA DE HOLOFERNES.

I. Mandó entonces Holofernes que condujesen á Judith á la tienda donde estaban sus tesoros y que allí permaneciese. "Seréis alimentada, agregó, con las viandas de mi mesa." Judith le respondió: "No podré aceptar las cosas que ordenais se me den, porque ofenderia á mi Dios. Comeré de lo que he traído conmigo." Gran leccion! que condena en alta voz á los esclavos del respeto humano.

II. Holofernes repuso: Si lo que habeis trai-

do consigo os llega á faltar: qué haremos? Judith le respondió: "Juro por vuestra vida, Señor mio, que no consumirá vuestra sierva lo que ha traído, sin que Dios haga por mi mano lo que me ha inspirado." Holofernes no insistió mas; y sus servidores condujeron á Judith á la tienda que se le habia designado. Al entrar allí, pidió permiso de salir por la noche y antes de amanecer, para hacer su oracion é invocar al Señor. Era costumbre de los judíos rezar ciertas oraciones, dos veces al dia, en la mañana al brillar la luz, y en la tarde al aparecer las estrellas. Se ve que las oraciones de la tarde y de la mañana son una ley de la humanidad.

III.

Al pedir este permiso, Judith se proponia un doble objeto. Quería, por una parte, en las graves circunstancias en que se hallaba, observar exactamente sus deberes hácia Dios, á fin de asegurarse su protec-

cion. Deseaba por otra, procurarse la libertad para salir del campamento, sin exitar sospechas, cuando lo creyese conveniente. Holofernes acogió su peticion y ordenó á sus camareros que la dejaran entrar y salir, como gustase, durante tres dias, para adorar á su Dios. Salia, pues, todas las noches, al valle de Bethulia, y allí se lavaba. Hacia esto, sin duda, con objeto de purificarse de las manchas legales que podia contraer en medio de gentiles. Existe todavía la fuente, y los peregrinos de tierra santa no dejan de visitarla (1).

IV.

Despues de lavarse, Judith oraba al Señor Dios de Israel, que la condujese en el designio que habia meditado algun tiempo para libertar á su pueblo. El uso de lavarse antes de orar, comun á los judíos y á los primeros cristianos, se observa todavía por

1. Adrichom, in Bethulia.

el sacerdote que se prepara á subir al altar. La limpieza del cuerpo trae á la memoria la pureza que debe tener el alma en sus comunicaciones con Dios. Volviendo á su tienda, Judith permanecía en ella hasta que tomaba su alimento, al caer la tarde. Ayunaba, pues, todos los dias. La oración y el ayuno eran las dos armas de que se valia para conservar su virtud y librar á su pueblo.

V.

El cuarto dia despues que llegó Judith, Holofernes dió un gran convite á los principales gefes: Judith fue invitada. «Hermosa jóven, le dice el mensajero encargada de la invitacion, no temais entrar á la tienda de mi señor. Quiere honraros, haciendo que comais con él y bebiendo vino con alegría.» Judith respondió: «Quién soy yo para oponerme á la voluntad de mi señor? Haré todo lo que fuere bueno y pareciere mejor á sus ojos.»

VI.

Se levantó en seguida, se adornó con sus vestidos, y, habiendo entrado á la tienda de Holofernes, se presentó ante él. Al mirarla, quedó herido su corazón. Comenzó el festin y se prolongó hasta muy entrada la noche. «Bebed, decía Holofernes á Judith, comed con gozo, porque habeis encontrado gracia en mi presencia.» Judith respondió: «Beberé, señor mío, porque se me hace hoy el honor mas grande que haya recibido en mi vida.» No tocó, sin embargo ni las viandas ni el vino que se le ofrecia; tomó lo que su criada le habia preparado, y comió y bebió delante de él. Trasportado de gozo, Holofernes bebió esa noche mas vino que nunca.

Reflexion.—Era Judith en la tienda de Holofernes lo que la oveja en el antro del león. No ofrece la historia una posición mas delicada y peligrosa. De qué pruden-

cia necesitaba usar Judith en sus palabras y en sus acciones, para que no se sospecharan sus designios! Cómo necesitaba hacer una fuerza divina para defenderse de los ataques que se darian á su virtud! En su union íntima con Dios, contaba con una y con otra. En esto como en los demás era la figura de la Santa Virgen.

Retirada unas veces en el templo de Jerusalem y otras en su casa de Nazareth, María prepara por sus largas austeridades y sus incesantes oraciones la victoria que debia alcanzar sobre el demonio. No menos difícil que la de Judith es la posicion de la Iglesia en medio del mundo; que para ella es una nueva tienda de Holofernes. Como los de Bethulia, los dos enemigos formidables de la Iglesia y de las naciones del siglo XIX son los demonios del orgullo y del deleite. Queremos vencerlos? Pues recurramos á las armas de Judith y de María. Ese género de demonios, dice

Nuestro Señor, no puede ser arrojado sino por la oracion y por el ayuno.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo; no esteis siempre irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos rogado por la Polonia!

Práctica.—Ayunar el sábado, ó á lo menos procurarse alguna mortificacion todos los dias.

Nuestro Señor, no pueda ser atrojado si-
 no por la oración y por el ayuno.
 Jaceaciones.—Parocho, Señor, yendo
 and á vuestro pastor de esta siempre
 milado contra nosotros.
 Op María, señora de los cristianos ro-
 gar por la Polonia.
 Predica.—Ayuna el sábado á lo ma-
 nos procurete alguna mortificación por
 los días

aliento. En cuanto á Holofernes, más ébrio
 que ninguno, se llevó á su cama, donde
 sumergido en un sueño de plomo, digiere
 el vino de la fiesta.

NOVENO DIA.

II.

JUDITH CORTA LA CABEZA DE HOLOFERNES.

I.

Hacia la media noche, los oficiales de
 Holofernes, en completo estado de embria-
 guez, se retiraron como pudieron, cada
 uno á su tienda. Los criados, que por su
 parte se prometieron largas libaciones, se
 encontraban rendidos por el sueño, de ma-
 nera que no quedó nadie que velara á la
 cabeza del general. Uno de los ujieres, Va-
 gao, cerró la puerta de la tienda, en la
 cual Judith se encontraba sola con Holo-
 fernes, y se apresuró, por las mismas ra-
 zones que los demás á dirigirse á su aloja-

miento. En cuanto á Holofernes, mas ébrio que ninguno, fué llevado á su cama, donde sumergido en un sueño de plomo, digería el vino que con exceso habia apurado.

II.

Al verse sola Judith, entreabrió la puerta de la tienda y dijo á su criada que se mantuviera fuera cuidando de que nadie se acercara. En cuanto á ella, de pié delante de la cama, oraba llorando, y moviendo silenciosa los lábios, decía: «Señor Dios de Israel, fortificadme y favoreced en este momento la obra de mis manos, á fin de que segun vuestra promesa, libreis á Jerusalem vuestra ciudad, haciendo que yo concluya vuestra obra.» Por todo esto se ve que Judith obraba por inspiracion divina.

III.

Concluida su oracion, se acercó suavemente á la columna que estaba á la cabecera del lecho de Holofernes, y desató el

alfange que estaba atado allí. Habiéndolo desenvainado, tomó por los cabellos á Holofernes, y dijo: «Dadme fuerzas, Dios mio, en este momento.» Al mismo tiempo descargó dos veces el alfanje sobre el cuello del general, y le dividió la cabeza del tronco. En seguida desató de las columnas del lecho una cortina, en la cual envolvió la cabeza de Holofernes, haciendo rodar el cuerpo sobre el pavimento. Despues de respirar por un momento, salió y entregó á la criada la cabeza de Holofernes, diciéndola que la guardara en su saco.

IV.

Las dos se retiraron sin tardanza, segun su costumbre, como para ir á orar. Atravesaron el campamento y rodeando el valle llegaron antes de amanecer á las puertas de la ciudad. Entonces Judith dijo á los centinelas: «Abrid las puertas, el Señor está con nosotros y ha señalado su poder en favor de Israel.» Al reconocer su

voz los centinelas, llamaron á los ancianos del pueblo. La puerta se abrió, y bien pronto la ciudad entera estuvo levantada. No solamente los ancianos, sino todos los habitantes, desde el mas pequeño hasta el mas grande, acudieron cerca de Judith. Ya no esperaban volver á verla. Su vuelta inesperada á semejante hora, la curiosidad, el temor, la esperanza, llenaba á todos de inquietud.

V.

Encendieron antorchas y rodearon á Judith formándole un estrecho círculo. La jóven y môdesta heroina subió á un sitio elevado, ordenó el silencio, y callándose todos les dijo: "Alabad al Señor nuestro Dios, que no ha abandonado á los que esperan en él. Valiéndose de mí, su humilde sierva, ha cumplido sus designios misericordiosos, como lo prometió á la casa de Israel: por mi mano ha matado esta noche al enemigo de su pueblo." Y sacando del

saco la cabeza de Holofernes, se las mostró diciendo: "He aquí la cabeza de Holofernes, general del ejército asirio, y he aquí tambien el pabellon bajo el cual dormia en su embriaguez, y donde el Señor nuestro Dios lo ha herido por la mano de una mujer.

"Viva el Señor, porque su ángel me ha guardado cuando salí de aquí, lo mismo que mientras he permanecido en el campamento enemigo, y porque me permite volver entre vosotros. No ha permitido el Señor que su humilde sierva sea manchada con el contacto inmundo de aquellos hombres, y me permite volver á vuestro lado sin mancha ninguna, contenta de su victoria, alegre de su evacion y satisfecha de haberos libertado. Dadle todas las gracias, porque es bueno, y su misericordia se estiende á todos los siglos."

Reflexion.—Antes de adelantar mas, observemos que la semejanza entre Judith

y la Santa Virgen se hace mas patente. Holofernes es la figura del demonio. Judith le corta la cabeza. María la Judith verdadera, aplasta la cabeza, no del representante del demonio, sino del demonio mismo. Holofernes es el terror del Oriente. En medio de sus victorias, se establece una especie de duelo entre él y una simple mujer, y contra lo que esperarse pudiera, esta mujer le corta la cabeza con su propia cuchilla. Judith añade otra victoria á esta primera. En medio de aquel campamento de hombres impúdicos conserva ilesa su virtud, y vuelve triunfante, cargada con los despojos de sus enemigos. Desde el principio del mundo dura un combate singular entre María y el demonio; y sola María ha abatido, abate todavía y abatirá siempre al demonio y á sus innumerables legiones. Además, en esta lucha, no solamente ha conservado María intacta su virginidad, sino que la conserva

entre esas multitudes de vírgenes de todos los pueblos y de todos los siglos, trofeo glorioso de su victoria y ornamento incomparable de la Iglesia. Si pues hoy estamos rodeados de Holofernes á la cabeza de ejércitos numerosos, no hay que temer. La verdadera Judith está con nosotros. Roguémola, como conviene, que haga en favor de las naciones, lo que la antigua Judith en favor de su pueblo, y veremos cómo se obran milagros.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, Perdonad á vuestro pueblo, no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por la Rusia!

Práctica.—Recitar diariamente el *Acordaos.*

contra esas multitudines de virgenes de todos
 los paises y de todos los siglos, todos
 glorioso de su victoria y ornamento incor-
 parable de la Iglesia. Asi pues hoy os
 rogamus de glorificar el nombre de Jesu-
 criteo numeroso, no hay que temer. La ver-
 dad es que en el mundo de hoy, como
 maldad, como babilonia, que haze en favor
 de las naciones, lo que la antigua babilonia
 en favor de su pueblo, y veremos como se
 obran milagros en el mundo de hoy.
 En el mundo de hoy, como babilonia, que
 haze en favor de su pueblo, y veremos como se
 obran milagros en el mundo de hoy.
 En el mundo de hoy, como babilonia, que
 haze en favor de su pueblo, y veremos como se
 obran milagros en el mundo de hoy.

estaran siempre de los labios de los homi-
 nes vuestras alabanzas, recordando siem-
 pre al mismo tiempo el poder del Señor.

DIA X.

Qa alabanzas el Señor, por que no ha-
 beis tenido espanto de la vida al ver de
 extrema sibilion de nuestro pueblo, y con-
 avlas a las alabanzas de nuestro pueblo.
JUDITH DE VUELTA EN BETHULIA.
 ho de la tierra. Todo el pueblo, dijo
 alegre, respondió: "¡Sea la gloria de
 la tierra y de la tierra!"

A las palabras de Judith se prosterna-
 ron todos besando la tierra, adorando al
 Señor, y dijeron á Judith: "El Señor os
 ha bendecido en su fuerza: por vuestro me-
 dio ha acabado con nuestros enemigos."

Despues, se levantó Osías, el gefe del
 pueblo, y agregó: "Bendita seas del Señor
 el Dios Altísimo, mas que todas las muje-
 res de la tierra. Bendito sea el Señor, que
 ha guiado vuestra mano para herir al ge-
 fe de nuestros enemigos. Ha hecho hoy
 tan célebre vuestro nombre que pendientes

estarán siempre de los labios de los hombres vuestras alabanzas, recordando siempre al mismo tiempo el poder del Señor. Os alabarán eternamente por que no habeis temido esponer vuestra vida al ver la extrema aflixion de vuestro pueblo, y con la ayuda de nuestro Dios lo habeis salvado de la ruina." Todo el pueblo, ébrio de alegría, respondió: "Así sea, así sea."

II.

Habia muerto Holofernes: nadie lo dudaba. Sin embargo, como ningun israelita habia visto de cerca al general de los Asirios, quiso Judith que se llamara á Achior para que reconociera la cabeza de Holofernes. Cuando estuvo en su presencia, le dijo Judith: "El Dios de Israel, á quien habeis rendido testimonio declarando que tiene el poder de vengarse de sus enemigos, ha cortado valiéndose de mi mano, la cabeza del gefe de todos los infieles, y para que esteis convencido de que esto es ver-

dad, aquí teneis la cabeza de Holofernes! Reconoced al que, en la insolencia de su orgullo despreciaba al Dios de Israel y amenazaba haceros morir diciendo: "Cuando sea vencido el pueblo de Israel, te haré pasar al filo de mi espada."

III.
Al ver Achior la cabeza de Holofernes fué transido de espanto: cayó con el rostro en tierra y permaneció algun tiempo presa de la mas viva agitacion. La increíble victoria cuya prueba innegable tenia delante, le produjo una especie de estupor. Al temor de la muerte, de que estaba personalmente amenazado, sucedió la confianza; á la tristeza la alegría, á la inquietud la admiracion, y con todas esas impresiones entraba en su alma la fé en el Dios de Israel de quien debia hacerse el ferviente adorador. Al volver en sí se prosternó á los piés de Judith y la dijo: "Vos sois la bendita de vuestro Dios en toda la here-

dad de Jacob; porque el Dios de Israel será glorificado en vos entre todos los pueblos á los cuales llegue vuestro nombre."

IV.

Inmediatamente Judith dijo á todo el pueblo: "Escuchadme, hermanos míos: suspended esta cabeza en lo alto de las murallas; y luego que el sol haya asomado que todos tomen sus armas, y salid todos con gran estrépito, no para bajar hasta nuestros enemigos, sino como disponiendoo á atacarles. Necesariamente las avanzadas emprenderán la fuga para despertar á su general para el combate. Cuando sus generales hayan corrido á la tienda de Holofernes y no encuentren mas que un cuerpo sin cabeza, nadando en su sangre, se apoderará de ellos el temor. La turbacion entrará en el ejército, y aprovecharéis ese momento para marchar atrevidamente contra ellos, porque el Señor los humillará á vuestros piés."

V.

Nada mas prudente que el consejo de Judith. Descender al llano y pretender medirse con el poderoso ejército de los asirios, antes de que fuera conocida la muerte de Holofernes, habria sido para los habitantes de Bethulia, relativamente poco numerosos y debilitados por el hambre y la sed, correr á una derrota segura. Por otra parte, dejar pasar el primer momento de estupor y de espanto introducido en el campamento enemigo por la muerte de Holofernes, era dar á los asirios el tiempo necesario para moralizarse, nombrar inmediatamente un nuevo general é impulsar el sitio de Bethulia con un ardor natural por el deseo de la venganza.

VI.

Achior admiró la prudencia de Judith, y viendo el prodigio que el Dios de Israel habia hecho en favor de su pueblo, abandonó el culto de los ídolos, creyó en Dios

y fué incorporado al pueblo de Israel, así como toda su raza hasta hoy.

Reflexion.—La gratitud es el primer sentimiento de los habitantes de Bethulia hácia su libertadora. Y con justicia. Todos, hombres, mujeres, niños, ricos y pobres, que todavía ayer esperaban la muerte se veian hoy asegurados de conservar sus bienes, su libertad y su vida. Tal debe ser nuestra conducta respecto de la Santa Virgen. Quién de nosotros en el curso de su vida no ha debido á la Judith celestial el haberse librado de algun Holofernes? Digámosle, pues, con toda la efusion de nuestro corazon: Bendita seais entre todas las mujeres: pueda nuestro reconocimiento igualar á vuestros beneficios.

Judith añade á un valor heroico una prudencia consumada. Impide á su pueblo comprometer su victoria, echándose imprudentemente en medio de los infieles. Leccion preciosa que nos dá María para evi-

tar las ocasiones del pecado: el temor nos haria perder el fruto de su proteccion. Imitemos á Achior. Penetrado de reconocimiento hácia Judith y lleno de admiracion por su valor y su prudencia, abandona el culto de los ídolos y adora al Dios de Israel. Como él, renunciemos nosotros á los ídolos, grandes ó pequeños, que acaso adoramos todavía, y guardemos nuestro culto, nuestros pensamientos, nuestros afectos y nuestras obras para el único Dios vivo y verdadero.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por la Suecia!

Práctica.—Dar una limosna.